



CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS VI

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA

Córdoba, 2001

**CRÓNICA DE CÓRDOBA
Y SUS PUEBLOS
VI**

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA

Córdoba, 2000

Imprime:

Imprenta Provincial
Avda. del Mediterráneo, s/n.
14011 CÓRDOBA

I.S.B.N.: 84-8154-432-9

Dep. Legal: CO-222-01

SAN SEBASTIÁN DE LOS BALLESTEROS, PUEBLO DE COLONIZACIÓN CAROLINA

Joaquín CRIADO COSTA

Varía mucho la panorámica de San Sebastián de los Ballesteros según el camino por el que acceda el viajero a la población, en general bien comunicada. Se antoja blanco palomar que araña el cielo, si se observa desde la carretera de La Victoria al cruzar el arroyo de Ballesteros, o blanca y dormida cinta, si se acerca desde Montalbán o Santaella, al contemplarla desde la Cruz de Medina. Blanca, blanca siempre, blanca sobre azul o azul reflejado en blanco. Blanco reverbero en horas crepusculares, esta población de corta historia con tentáculos en un remoto pasado, como acreditan entre otros las *villae* romanas de El Carril o los restos visigóticos de la casilla de Fausto, aldeaños al caserío.

Pocos se acercan a la minúscula población, y casi siempre buscando las huellas de un pretérito movimiento de inmigración centroeuropea que fue decretado por el monarca Carlos III, el mismo que llevó a cabo la expulsión de los jesuitas, dos hechos que dejaron su impronta en estos lugares. Con el segundo, quedó desierta y abandonada la hacienda jesuítica de Ballesteros, floreciente entonces y adquirida en pública subasta mucho antes; con el primero, se asentaron en ella colonos alemanes y franceses en su mayor parte, peregrinos en busca de una “tierra prometida” que distó mucho de la realidad.

Las gentes de hoy son descendientes de aquellos primeros colonos, mixtificadas en parte con otras de pueblos vecinos. Son las gentes sencillas que quedaron cuando la historia dio la vuelta hace sólo unas décadas y muchos “alemanes”, que así es y así ha sido siempre su gentilicio y no otros como han pretendido personas ignaras y foráneas, abandonaron estos lares y fueron emigrantes a las regiones hispanas ricas o de nuevo a los anchos campos de Centroeuropa. Son hombres y mujeres de constitución atlética, altos, rubios, de piel y ojos claros, de ademán elegante y distinguido, trabajadores y noblemente orgullosos, que pasan y pasean sus vidas por estas calles rectas de tiralíneas, que como Carlos III, La Plata, Iglesia y Veterinario Juan Costa convergen en la Plaza del Fuero -centro neurálgico de la villa- y que junto a otras aldeañas, como Pablo de Olavide, recuerdan con sus topónimos urbanos los momentos fundacionales de la población, en la segunda

mitad de la decimoctava centuria, como los recuerdan asimismo apellidos tan exóticos como Rot, Sag, Ansio, Mayer, Lesmer, Ríder, Petidier, Berni y otros hoy desaparecidos como Saleri o Chapentier o ya muy castellanizados.

La Tahona, antiguo molino de harina, hoy felizmente recuperada para salón municipal de actos, es el único edificio público que se conserva de la época primitiva del lugar. Es una sólida construcción de base rectangular, con bóveda semicircular que arranca a poca distancia del suelo, contigua al llamado Molino del Rey, de dos vigas, otrora centro fabril de la población y que se encuentra en proceso de catalogación como Bien de Interés Cultural por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, previo a un proyecto de rehabilitación integral de la almazara en el que tienen mucho que decir la Consejería de Obras Públicas y CajaSur.

El edificio del Ayuntamiento, reconstruido en los últimos años sesenta, sólo conserva su aspecto exterior, bastante similar al originario. Copreside la plaza central -Plaza del Fuero, por el de las Nuevas Poblaciones- junto con la iglesia, la única iglesia, templo parroquial dedicado a la Inmaculada Concepción como en casi todas las poblaciones carloterceristas.

Pese a lo reducido de su casco, son varios los ambientes urbanos con carácter propio: La Fuente, con inagotable surtidor, centro de un barrio antaño pobre y hoy felizmente remozado en sus casas y calles; el Pozo del Aguabuena o de los Ahogados, al que le han cegado la boca, dio nombre a un arrabal, casi despoblado en nuestros días y reconvertido en rosario de naves, graneros y solares; el Carril fue término rambleño hasta hace pocos años, en que la lógica se impuso en forma de ley; y la calle Suerte del Rey, de casas nuevas y viejos corralones. Ambientes urbanos todos ellos con el denominador común del pueblo entero, que es su quietud de siglos, su silencio atávico, a dos pasos de la capital de la provincia, como el mejor escenario del “dolce fare niente” para quienes hayan caído en las garras de ese monstruo de nuestros días llamado estrés.

El pueblo, eminentemente agrícola, de algo más de 800 habitantes, celebra la primavera con los desfiles procesionales del jueves y del viernes santos -hermandades de Jesús Nazareno, de la Virgen de los Dolores y la reciente del Cristo Crucificado- y con la romería de San Isidro -el domingo más cercano al 15 de mayo- el verano con la feria de Santiago y el invierno con la feria del Santo, San Sebastián, famosa por lo insólito de su fecha, el 20 de enero. De ahí el dicho “En enero, San Sebastián el primero” y la respuesta “Detente, varón, que el primero es San Antón”.

En gastronomía destacan especialmente el plato típico del guiso de pavo con fideos -pavo del corral y fideos caseros, claro- las dobladitas -tortas adornadas del Día de los Santos- o los huevos pintados o decorados, que los niños exhiben en pequeñas redes confeccionadas a mano y se consumen en Semana Santa.

En este oasis de paz, a veinte minutos de la capital de la provincia por autovía y buena carretera, merece la pena perderse en cualquier época del año.



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Diputación de Córdoba